

nidos : anunciénsela al trono mismo del Eterno ! »

Dijo, quedó sumido en santo éstasis : mas luego levantándose caminó presuroso á la morada de Juan, donde los demas fieles permanecian entregados al temor, á la duda y á la esperanza. Entró en el lugar de la reunion, cruzadas las manos y animados los ojos con piadosa exaltacion :

« ¡ Honra, gloria y gratitud al Hijo del Eterno ! clamó, ¡ su divino amor nos sostendrá en la vida y en la muerte ! ¡ Resucitó, y se ha dignado aparecerse á sus amigas ; tambien yo le he visto ! De pie estaba al pie de la cruz : mis ojos mortales han contemplado su divino rostro. »

Dominados por el gozo y la sorpresa arrojáronse los fieles, sin acertar á proferir una palabra, en los brazos de aquel nuevo testigo de la resurreccion. Apoderóse de la diestra de Pedro la Madre de Jesus y la estrechó en silencio ; y Magdalena, tomándole la izquierda entre las suyas, le dijo sonriéndose dulcemente :

« Ahora comprenderás mi felicidad, pues que tambien le has visto. »

« ¡ Has visto á mi Hijo (añadió María), al Hijo del Eterno ! »

Tadeo, aproximándose dulcemente á la Madre de Jesus, dijo con voz trémula ;

« Ya no es el dolor, sino la alegría la que me fuerza á dudar aun. ¡ Ay ! ¿ será cierto que haya

resucitado aquel cuya sangre he visto derramar ? »

Diciendo así, reclinóse en el seno de Juan ; y el discípulo predilecto, estrechándole contra su corazon, le contestó con voz sumisa :

« ¡ Sí, ha resucitado ! »

Despues, Tadeo soltándose de los brazos de Juan y aproximándose á María, le dijo estas solemnes palabras :

« ¡ O tú, noble Madre del Salvador divino, dale en fin entrada en tu alma á la esperanza ! ¡ Así como una espada con siete filos ha traspasado esa tu alma la mas bella de todas, que ahora la inunden los celestiales gozos, porque Jesus ha resucitado !.. Sí, divino Salvador, creo en tu resurreccion y me atrevo á esperar que tendré la dicha de verte, pues la mirada que sobre mí dejaste caer al espirar en la cruz fué como prometerme tal ventura. »

Bartolomé, asiendo la mano de Simon Pedro, le preguntó con acento suavemente melancólico :

« ¿ No es verdad, hermano mio, que mi cabeza, por los años encanecida, no reposará en la fria losa del sepulcro, sin que antes hayan mis ojos vuelto á ver á nuestro divino maestro ? »

Y Pedro respondió con toda la firmeza de su incontrastable fe :

« Sí, le verás ; porque el Señor se apiadará de todos nosotros. »

Como negra nube que inesperadamente turba la

serenidad del diáfano cielo, presentóse Tomás en medio de la asamblea de los fieles.

« ¡Y tú también! (esclamó), ¿Tú también, ó Simon Pedro, imaginas que le has visto?... ¡Ah! si me fuera dado creer en lo imposible, entonces daría fe á tus palabras. »

« Destierra las crueles dudas que te atormentan, hermano mio, respondió Simon Pedro; y participa del gozo que á los demás nos enagena. El Señor ha resucitado, sí; al despertarse del sueño de la muerte se ha dignado aparecérsenos; y de todos nosotros se apiadará. »

La madre de Cristo, arrodillándose, levantó las manos al cielo y oró de esta manera :

« Mi espíritu glorifica al Eterno; mi corazón se regocija, ¡ó Dios y Salvador mio! Pendiente en la cruz has visto y contado las lágrimas de tu madre; y las futuras generaciones celebrarán las bienaventuranzas que sobre mí has derramado. Tú eres mas poderoso que la muerte; todas tus acciones son grandes y maravillosas; tu nombre es sagrado; tu misericordia infinita. Tu brazo omnipotente derriba á los orgullosos sedientos de sangre, derriba de sus tronos á los altivos monarcas, ensalza á los humildes, y apaga la sed de los que la tienen de eterna salud; pero también abrasa á los corazones llenos de vanidad que imaginan bastarse á sí mis-

mos para todo. Tú consuelas á cuantos te aman; porque así se lo juraste á Abrahán, y eres fiel á aquel juramento de amor y de misericordia. ¡Honra, gloria y gratitud al Cristo resucitado, al Mesías vencedor de la muerte ! »

Mientras María oraba fervorosamente, subió Tomás á la azotea de la casa, y siguiéronle unos después de otros todos los fieles, tanto para reanimar sus fuerzas respirando el aire fresco de la mañana, cuanto para elevar su alma al cielo por medio de la contemplación del magnífico espectáculo de la naturaleza al rayar en el horizonte el sol de un nuevo día. La presencia de sus amigos sacó al desgraciado Dídimo de las sombrías meditaciones que le preocupaban, y como hiciese ademán de retirarse, le dijo Pedro deteniéndole :

« No así nos huyas, amado hermano. También yo he dudado, y así como de mí, que le negué, se ha compadecido el Señor, se compadecerá también de tí. Mira (prosiguió, señalándole con la mano una de las sendas que por aquel campo cruzaban), ¿quienes son aquellos dos hombres que se ven venir á lo lejos? Si la vista no me engaña, han de ser Mateo y Cleofás... ¡Oh caros amigos! ¿Porqué no estais ya con nosotros, participando de nuestra felicidad?... Un extranjero, saliendo del bosque, se les acerca... y les habla... ¡Cuan imponente es su aspecto! ¿Le conoces, Dídimo? »

« No : pero jamas he visto tanta magestad unida á tanta dulzura. »

Y Pedro continuó diciendo :

« Regocijaos, amigos mios, la tortuosa senda que siguen, los acerca á nosotros... ¡Ay! pronto aquellas palmeras van á ocultárnoslos... ¡Mirad, mirad por última vez al noble extranjero! ¡Con qué dulzura y dignidad escucha á nuestros amigos, que sin duda le hablan de la muerte del amado maestro, cuya resurreccion ignoran! ¿Si será, por ventura, alguno de los ángeles que nuestras piadosas amigas vieron en el sepulcro? »

« ¡Cuan fácilmente te dejas llevar de la ilusion! exclamó Tomás, ¡porque el aspecto de ese extranjero te agrada y encanta, ya quieres que sea algo mas que un simple mortal! »

« Te compadezco, amado Dídimos (replicó Pedro), pues como tú desconocia las inefables delicias de la esperanza, cuando súbitamente vieron mis ojos al Mesías vivo y en pie junto á la cruz. Te lo repetí, Dios tendrá compasion de tí. »

« ¡Sí, Dios tendrá compasion de mí, respondió Tomás suspirando: pero Jesus!... Jesus ha padecido como los profetas, y como ellos ha muerto... »

En vano procura Simon Pedro consolarle, repitiéndole que el Mesías ha resucitado; el incrédulo discípulo prosigue en su sombría meditacion.

Al salir, Mateo y Cleofás, de las puertas de Jeru-

salen, queriendo comunicarse sus pensamientos, dijo el segundo al primero :

« Ya no podemos dudarlo, caro Mateo, movidos por el odio implacable que á nuestro divino maestro tienen, han ganado los sacerdotes al caudillo de los Romanos que custodiaban el sepulcro, para que les permitiera sacar de él su cadaver; y tal vez en este momento cubre el maldito polvo del Gólgota los sagrados restos de Jesus. »

Y Mateo responde :

« Piensa en los Angeles, que nuestras amigas dicen haber visto á la entrada del sepulcro... A eso contestas que el dolor les habia turbado la vista, pero como las visiones que el dolor engendra son siempre tristes y amenazadoras, mas bien les hubiera su ilusion presentado el negro fantasma de Iscariote, que no la imagen consoladora de los serafines. »

Pensativo dejaron esas razones á Cleofás; pero á poco preguntó á su amigo porqué, si Jesus habia resucitado, no se dignaba aparecérselos. A esto respondió Mateo diciendo :

« ¿Y qué es lo que nosotros hemos hecho para merecer tal favor? ¿Dejarle prender en el valle de Getsemani? ¿Contentarnos con gemir en secreto, mientras que jueces, indignos de tal nombre, pronunciaban su sentencia de muerte? ¿No atrevernos siquiera á aproximarnos á la cruz donde clavado le

habian sus verdugos?... No colmemos la medida de nuestras culpas con impías dudas. »

« ¡Como te envidio, amado Mateo, si en efecto crees que el Mesías salió vivo de su tumba! »

« Nunca te he ocultado ninguno de mis pensamientos, respondió Mateo. Oye ahora la confesion que voy á hacerte : cuando con calma medito en esa maravillosa resurreccion, ¡oh! entonces creo en ella ; mas cuando la esperanza de ver al divino maestro y el temor de que la tal esperanza sea una vana ilusion, luchan en mi alma, entonces dudo... Conozco que sola su presencia podrá dar fin á mis angustias. »

« Mucho se elevan tus deseos : el consuelo que pides, tal vez la eternidad nos le ofrezca ; pero esperararlo durante esta vida de pruebas seria temerario. »

Conversando así, llegaron los dos discípulos del Salvador á la orilla de un pequeño bosque donde se les acercó un estrangero, y les preguntó qué camino llevaban y cual era la causa de la profunda tristeza que en sus rostros veia pintada. Apresúrose Cleofás á responder que iban á Emaus ¹, y que les afligia la desgracia que en Jerusalem acababa de suceder. Como en el rostro del estrangero no

¹ Aldea próxima á Jerusalem, y de la cual se habla con frecuencia en los santos Evangelios, — T. F.

viesen señales de que sabia cual fuese la desdicha á que aludian, contáronse la con todos sus pormenores ; y él los escuchó silenciosamente.

« Veo, dijo entonces Cleofás, que vienes de alguna region lejana, y que nunca has oido el nombre de Jesus Nazareno, del profeta del Eterno que ha dado testimonio de sí con muchos milagros, de aquel en quien nosotros veiamos al Mesías prometido, al Salvador del pueblo de Israel. Tres veces ha reemplazado ya la luz del dia á las tinieblas de la noche desde que murió, y con él nuestras mas preciosas esperanzas. »

Y tomando Mateo, á su vez, la palabra refirió al estrangero las maravillas que contaban las piadosas mugeres, que fueron las primeras á visitar el santo sepulcro. Llegaron en esto los tres al pie de las palmas que á los ojos de los fieles reunidos en la azotea de la casa de Juan los ocultaron ; y deteniéndose allí el estrangero, despues de imponer respeto y obediencia á los dos discípulos con la espresion indefinible de sus miradas, dejó salir de sus labios estas palabras que sonaron en los oidos de aquellos, como si fueran ecos de voz celestial :

« ¿Hasta cuando rehusarán vuestros endurecidos corazones, creer lo que las profecías han vaticinado? ¿No está escrito que el Mesías consumará su obra, padeciendo horriblemente, y que no reco-

brará todo el esplendor de su gloria hasta despues de sucumbir á la muerte? »

Y sin atender á la sorpresa de Cleofás y de Mateo, prosiguió esplicándoles todos los pasages de los Profetas que anuncian á la especie humana un Salvador, cuyo voluntario sacrificio ha de redimirla del anatema que sobre ella pesa desde la caída del primer hombre.

Cuando la tempestad comienza, primero detiene su poderoso aliento y pasa murmurando sobre los espesos bosques; y entonces están los valles silenciosos, y las nubes cruzan la atmósfera, pasando sin detenerse por delante del sol: mas de repente estremécense los árboles é inclinan sus copas á impulso del violento soplo que los atormenta; ábrense los cielos arrojando llamas y torrentes de agua; una voz poderosa despierta á los ecos de los montes, y el huracan reina con soberano imperio. Así la elocuencia del noble incógnito, al principiar su discurso grave y tranquila, empezó cautivando la atención de los dos discípulos; y despues, desplegando todas sus fuerzas, les reveló con fulminantes palabras todo el misterio de la Redencion. Mateo y Cleofás iluminados, pero casi exánimes, suplicaron al divino orador que atendiese á la cortedad de sus fuerzas.

« Cualquiera que tú seas, dijo Mateo, nos inspiras respeto y terror. Acaba de instruirnos; pero

concédenos algunos instantes de reposo, porque no pueden nuestros entendimientos seguir al tuyo en su fogoso vuelo, y ni fuerzas tenemos ya para andar materialmente. »

Invitóles el desconocido á sentarse á orillas de una fuente que bajo las palmeras manaba; y colocándose frente á ellos, les esplicó con benévola sencillez las innumerables pruebas que Jesus les habia dado de su ilimitado amor á la especie humana. Las tiernas palabras del extranjero produjeron en los discípulos el mismo efecto que en la tierra produce la fresca brisa embalsamada, cuando corre despues de un largo y abrasado dia del verano. Preguntó el desconocido á los dos si en efecto sentian sus corazones penetrados de sincero y profundo amor á su maestro, y entrambos respondieron á un tiempo :

« Siempre le hemos amado de esa manera, y sin embargo le abandonamos cuando al suplicio le arrastraban.

« ¿ Y ahora que sabeis que ha muerto por vosotros, volvió á preguntar el desconocido, podriais, si lo exigiera, sacrificarle vuestra vida ?

« Esperamos que sí, respondió Mateo. ¿ Pero de qué sirve nuestra voluntad, si su misericordia no nos da fuerzas para cumplirla? Perdona si me atrevo á interrogarte; pero no puedo resistir al deseo de hacerte esta última pregunta : ¿ dínos, pues que

sabes todo lo que concierne á nuestro divino maestro, es cierto que ha resucitado? ¿se dignará aparecerse nos?

« Largo tiempo hablaron sus hermanos con José, sin conocerle; pero sonó la hora de la reconciliación, y no pudiendo aquel contenerse exclamó: «Yo soy José.»

Diciendo así, levantóse el desconocido y se apartó de Mateo y Cleofás, quienes no sabiendo que pensar de él, le siguieron sin embargo apresuradamente.

« No es ÉL, se decían uno á otro en voz baja; no es posible que lo sea. ¿Quién es entonces ese hombre?... Acaso algún ángel...

« ¡O tú á quien no conocemos, dijo Cleofás, y á quien, sin embargo, veneran profundamente nuestros corazones! dínos quien eres. ¿Nos será permitido abrazarte antes de separarnos acaso para siempre de tí? »

Abrió sus brazos el extranjero, y los dos discípulos se arrojaron á ellos con sincera efusión; y después de haber llorado tiernamente reclinados sobre su pecho, volvieron los tres á caminar silenciosamente hasta la entrada de la aldea de Emaus, donde el desconocido les dijo:

« Separémonos: voy á unirme con los míos. »

Mateo y Cleofás le suplicaron que no los dejase tan pronto.

« Mira, le dijeron, ya el sol descende hacia los montes de la Arabia; pronto llegará la noche, y tú debes estar abrumado por el cansancio.

« Los míos me esperan impacientes, replicó el desconocido.

« Tanto como ellos puedan amarte te amamos nosotros, dijo Mateo; ya te reunirás con ellos... No te espongas á caminar en las tinieblas... Además tenemos necesidad de oírte hablar de Jesús.

« Pues bien, hermanos míos, no me separaré aun de vosotros. »

Dióle gracias Cleofás con una expresiva mirada, y fué apresuradamente.

Y Mateo dijo al extranjero:

« Ese, mi joven amigo mora en la humilde cabaña que puedes ver al través de aquellos árboles á cuya sombra se levanta. Ahora se ha adelantado á nosotros para ofrecerte el banquete mas espléndido que le sea posible. ¡Cuan dulce y tranquila va á ser para nosotros esta noche á la cual han precedido tantos y tan dolorosos días! y á tí te la deberemos, á tí que no te desdeñas de reposar bajo el techo de un pobre. Cuando vivía nuestro divino maestro, era, como tú, amigo de los pobres, y gustaba de entrar en las chozas donde derramaba divinos consuelos y prudentes consejos. ¡Ay! las causas de su abatimiento en la tierra, que tú has pro-

curado hacernos comprender, me parecen mas prodigiosas aun que el abatimiento en sí mismo; pero así habian de realizarse los decretos de la Providencia... ¿Porqué no me es dado pasar la vida contigo, para que me enseñaras á glorificar dignamente al divino Redentor que murió por redimir nuestros pecados? »

Arrodillado á la orilla de un arroyo que riega su huerto, Cleofás saca agua de él con una vasija de barro, para lavar las embalsamadas yerbas que acaba de coger. En sus manos, trémulas de felicidad, se convierten en flores la mayor parte de aquellas yerbas aromáticas, deslizándosele entre los dedos para mecerse blandamente sobre las cristalinas aguas, que espumas corren en su pedregoso cauce. Hubiérale sin duda llamado la atención aquel fenómeno, á no haber visto en el mismo instante que sus dos huéspedes entraban ya en el huerto. Inmediatamente se levantó; y, arrojando las yerbas aromáticas en la vasija ya llena de agua, hizo entrar al desconocido y á Mateo en su cabaña, donde ya hallaron dispuesto el frugal banquete que Cleofás les ofrecia. Componíase la cena de leche, miel, higos, pan blanco, y un ánfora de vino. Sentáronse los tres, sentándose el desconocido á la cabecera, sobre las esteras de palma, dispuestas en torno de la mesa; y despues de un breve silencio, levantándose el extranjero, tomó el pan y lo partió con

ademan solemne, y mirando al cielo con espresion de profunda gratitud. Mudos quedaron, sorprendidos y admirados los dos discípulos, porque de la misma manera que aquel desconocido lo hacia, acostumbraba Jesus á repartir el pan cuando con él comian. Mirólos el extranjero sonriéndose bondadosamente, y pronunció estas piadosas palabras :

« Gracias te damos, Padre celestial, por los dones que nos envías para alimentar nuestros míseros cuerpos mortales. Obra tuya son los frutos de la tierra, lo mismo que los innumerables astros que brillan en la inmensidad de los cielos : todo lo creado da testimonio de tu poder omnimodo y de tu bondad infinita. »

Con esa misma oracion daba principio Jesus á todas las comidas que con sus discípulos hacia; y al pronunciarla el extranjero, reconocieron los discípulos la voz y el rostro del Mesías. Pálidos é incapaces de proferir una palabra, tanta era su felicidad, postráronse entrambos á sus pies, adorándole en silencio, y Jesus prosiguió en su oracion :

« ¡Honra y gloria al Eterno! Él creó el sol para que iluminase los trabajos del dia; creó la luna para hacer mas delicioso el descanso de la noche. Él nos da el pan nuestro de cada dia : adoremos y

demos gracias á nuestro Padre que está en los cielos ¹. »

Dejó de hablar, volvió á sonreirse mirando á sus discípulos, dióles su bendicion y desapareció.

Levantáronse apresuradamente Mateo y Cleofás, y despues de haberle buscado en vano durante algun tiempo, volvieron á entrar en la cabaña llenos de gozo y de gratitud.

« Le hemos visto, volveremos á verle, » exclamó Mateo.

« No estoy ya en la tierra, sino en los cielos, » replicó Cleofás arrojándose en los brazos de su amigo.

« ¡Ay! volvió á decir Mateo, ¿cómo nos hemos hecho dignos de tan insigne favor? Antes de darse á conocer, iluminó con sus discursos la ceguedad de nuestros corazones... ¿Mas porqué tardamos en comunicar tanta dicha á nuestros amigos?

Diciendo así tomó su báculo ²; é imitando Cleofás su ejemplo emprendieron los dos la marcha hácia Jerusalem.

Mientras que lo referido sucedia, Simon Pedro habia bajado de la azotea á la morada de Juan con

¹ Klopstock hace en este pasage una paráfrasis, ó mas bien una imitacion de la oracion dominical. — T. E.

² Era costumbre entre los Hebreos caminar siempre con un báculo, que les servia de arma y de apoyo al mismo tiempo. — T. E.

Tomás, y le suplicaba que no continuase afligiendo á sus amigos con unas dudas que podian ademas hacerles vacilar en su fe.

« Quieres, pues, reducirme á que de ellos huya, replicó Dídimo. Por otra parte eres injusto cuando me acusas de que turbo su alegría; porque en verdad les hago un servicio en disipar desde luego la seductora ilusion que los engaña. »

« Calla, ¡oh! calla, hermano mio: te lo ruego en nombre de Jesus á quien hemos visto morir y que vivirá eternamente. No llares ilusion á la luz celestial que á iluminarnos ha venido... Miranos reunidos en torno de tu persona, á todos aquellos, á quienes el Señor se ha dignado aparecerse; y pronto estamos á dar testimonio de que vive, de que ha resucitado el Mesías. »

Profundamente afligida por la incredulidad de Tomás, levanta Magdalena las manos al cielo y exclama :

« Vencedor de la muerte, ten compasion de tu discípulo : el escesivo amor que te profesa es causa de que dude de tu inmenso poder. ¡No rompas la caña que ya el viento ha encorvado hasta la tierra; no envíes al huracan para reanimar las llamas prontas á apagarse! ¿Imaginas pues, desdichado Dídimo, que haya algun ser en la tierra ó algun angel en los cielos capaz de pronunciar mi nombre

con el divino acento que resonó en mis oídos cuando dijo el Señor : ¡*Magdalena!*... »

« La exaltación que á todos, amigos míos, os embriaga justifica mis dudas ; porque la exaltación deslumbra siempre. »

« ¿Y quien será capaz de mirar los cielos entreabiertos y permanecer tranquilo ? dijo con viveza Simon Pedro. Tú que nada ves de lo que nos hace dichosos, te forjas fantasmas amenazadoras, y hablas de ellas con mas calor que hablamos nosotros del divino resucitado, que en su misericordia se ha dignado, en fin, mostrársenos. ¡Ve, ve á encontrar á los Saduceos, y cree con ellos que no hay ángeles, ni Dios, ni resurrección despues de la muerte ! »

Sollozando se arrojó Tomás en los brazos de Pedro y dijo :

« No así me rechaces, hermano mio... ¡Tanto como vosotros amaba yo al divino resucitado ! »

Enternecida Salomé, viéndolo llorar de aquella manera, le tendió la mano diciendo :

« Cálmate, caro Tomás : aquel á quien acabas de llamar el divino crucificado sanará las heridas de tu corazón, porque su poder es infinito y su bondad sin límites. »

Todas las santas mugeres que habian ya visto á Jesus resucitado, se apresuraron á asegurar que la espresion de su rostro anunciaba una misericordia mas grande, mas divina aun que aquella de que

tantas muestras les habia dado mientras vivió en su compañía.

« Y sin embargo solo á vosotros se os ha aparecido, hermanas mías... No hablemos de mí, pero ¿y su madre ? ¿y Juan el predilecto, á quien al morir declaró hijo de aquella ? ¡Ah, si hubiera resucitado sin duda se les apareciera primero que á nadie á ellos dos ! »

Estas palabras de Tomás llenaron de cruel incertidumbre á la mayor parte de los circunstantes ; y ya el piélago de las dudas se preparaba á hundirlos en su seno : mas las santas mugeres y Simon Pedro repitiendo lo que habian oído reanimaron á los fieles, que firmes ya en la fe, pudieron caminar tranquilamente sobre la superficie de las aguas.

Huyendo el incrédulo discípulo de los para él importunos consuelos de sus amigos, despues de vagar incierto largo tiempo, se dirige al monte de los Olivos y entra en las sombrías y solitarias bóvedas de los sepulcros esperando hallar en ellas algún reposo. Mas tiene la soledad en su diestra una copa henchida de dulces pensamientos, y un puñal en su siniestra mano ; para el sabio es la florida copa, y para el desdichado, á quien negros proyectos agitan, el puñal homicida.

A medida que Tomás penetra en la fría y silenciosa morada de los muertos auméntase el peso de

las dudas que le abruma, y hubiérase perdido su alma en aquel abismo sin fondo á no recordar á tiempo que Dios responde siempre á los que con fiadamente invocan su santo nombre. Hizo pues Dídimo esta oración mental:

« Soberano misterioso del universo, á despecho del denso velo que oculta tus decretos á nuestra débil razón, mi alma lastimada te pide auxilio y protección. Tenebrosas son las sendas que tú nos has trazado, y yo he elegido la más negra y tenebrosa de todas ellas. ¡Señor de cuanto existe, de cuanto fué y de cuanto será, dignate echar una mirada de misericordia sobre el miserable gusano, que en este valle de lágrimas yace oprimido por la helada planta de la muerte! ¡Si mis ojos no se alzarán á tí, roca incontrastable que de las tempestades te burlas, ya hubiera mi espíritu sucumbido á los horrores de la duda, á las angustias de la tempestad! ¡Tú sabes, Jehová, cuanto era mi amor al divino profeta que á nosotros descendió como mensajero de paz y de felicidad! Triunfan sus cobardes enemigos que le han inmolado á su odio sanguinario... ¿Habré de vivir, habré de morir sin él?... Ante mis ojos se acumulan montes sobre montes, á mis plantas se abren abismos, y bajo de ellos otros abismos; y cierto vago presentimiento me dice que Jesús ha de ser para mí más de lo que hasta aquí fué... ¿Porqué atormenta mi alma este

presentimiento?... ¿Y qué es mi alma? ¿una sustancia perecedera ó un aliento inmortal? Apartaos de mí, horribles dudas... ¡Sí, mi alma es inmortal! ¿Pero que será sin ÉL, y qué analogía puede tener con ÉL mientras en el polvo se arrastra? ¡Ay, acaso el Salvador á quien espera encontrar ha muerto para siempre!... ¡Cuan insensato soy queriendo sondear el laberinto de la eternidad, cuando ni los misterios de esta vida de un día alcanzo á comprender!... Dios de Sinaí, padre del Mesías, ¿qué has hecho de tu Hijo? ¡Tu rayo terrible estuvo inerte, tus tremendas tempestades durmieron mientras al suplicio le arrastraban!... Cierto es que tembló la tierra y que su espanto desquició á más de una roca; cierto que el estrépito de la caída de los montes fué repetido por los ecos celestiales, llenando de terror á todos los testigos del crimen con que la tierra se manchaba: pero entonces ya el Mesías había muerto sin que un solo peñasco cayera sobre sus verdugos, sin que un solo abismo se abriera y los tragase... ¡Dios todopoderoso, tú que mandaste al más terrible de los ángeles, que hiriera á todos los primogénitos del Egipto, pasando, sin entrar en ellas, por delante de las cabañas señaladas con la sangre del cordero; tú que detuviste el curso de los ríos y separaste los mares para abrir paso á tu pueblo; tú que hiciste caer los muros de Jericó al son de las